

En esos campos volábamos como pájaros

En memoria del profesor
Víctor Jairo Chinchilla

Natalia Chinchilla



Este es un ensayo escrito un par de días a la muerte de mi tío, el Profe Chinchilla. Un año después, ¿qué puedo decir que me mostró su muerte?: Hay una sola vida en donde todo lo que uno hace pasa solo en el presente; la muerte no es tan enemiga de la vida como el tiempo que borra lo que la memoria se esfuerza por retener; el legado está en lo vivo que uno siembra: el amor, los hijos, los estudiantes, la familia, los amigos... todo lo demás desaparece en el huracán del olvido.

A la muerte de mi tío, siguieron meses de total ensordecimiento frente a la ausencia y el dolor que, a pesar de compartirse en comunidad, es un viaje solitario e inevitable. Luego vendría un renacer: decidí coger mi maleta como él mismo lo había hecho durante años y empezar a viajar y a recorrer el país con la profesión que más me ha acompañado toda la vida: Escribir. He querido conservar el texto original de este relato, porque fue un momento único, no sólo en mi vida, sino en la de todos a los que el profe Chinchilla *tocó*.



En esos campos volábamos como pájaros

En memoria del profesor Víctor Jairo Chinchilla

Natalia Chinchilla

natalia@chinchillafilms.com

Mi tío Jairo se fue de este mundo hace un par de días. Todos quedamos pasmados, como si el tiempo viajara en cámara lenta, y viendo pasar un mundo lleno de virus, paros nacionales, militares y estudiantes gritando a viva voz que ya nadie puede más. Mi tío se fue en medio de estos gritos que, para alguien como él, sonaban como arrullos de cuna, o vallenatos de Alejo Durán, que tanto adoraba poner en los asados de la familia: *Un buen corredor sabe lo que significa comer bien.*

Mi tío siempre fue estudiante y autodidacta a la vez. De pequeño, aprendió a correr impulsado por su profesor de Educación Física y porque era el único de sus compañeros que podía picar en carrera hasta el cerro del Zipa y descender cuesta abajo, como si el cuerpo no le pesara.



Porque desde que nació, el niño fue destinado a convertirse en atleta. En un conjuro mágico, mi abuela y su cuñada, le untaron al recién parido las patas de un conejito bebé, para que nunca se cansara y corriera más rápido que cualquier humano. El hechizo no sólo lo hizo correr, sino volar:

“Ensayamos muchas formas de volar saltando entre el tamo del trigo, pasándonos de un árbol a otro en el monte, brincando desde la punta de los postes, impulsándonos sobre las matas del jardín”, Escribiría años después, ya siendo profesor universitario, en un precioso cuento que describía esa niñez del nido campesino, sin televisor y sin radio, menos celular. Sin nada, ni nadie que controlara los sueños.



En los últimos días me dediqué a hablar sobre él con nuestra familia, con sus colegas, con sus estudiantes, con los otros maestros y todos comparten algo en común: a todos les enseñó algo, o les ayudó a conseguir su primer trabajo, o les abrió la mente con un libro de regalo, o los defendió de personajes incoherentes como la anécdota del profesor de karate, que cuenta mi prima Amanda, su primogénita:

Una vez vimos cómo el profesor de un grupo de karate, ante el cansancio evidente de uno de sus alumnos, lo reprendió golpeándolo en la espalda. Mi papá se ofendió, pero en ese momento no dijo nada. De repente, el hermano mayor del niño que estaba siendo golpeado se enfrentó al profesor. Ante esto, la respuesta fue “si no le gusta, váyase”. En ese momento, mi papá se dirigió a los niños y les dijo en voz alta “¡Eso, váyanse!”. El profesor ofendido, y ante lo que parecía una posible pelea, apareció el administrador del lugar: “Nada de peleas en el estadio”. Mi papá se presentó: “Mucho gusto. Mi nombre es Víctor Jairo Chinchilla, soy profesor de Educación Física” y continuó, “las artes marciales son para las personas con grandeza de espíritu, ¿cómo un maestro que golpea a su alumno puede tenerla?”

La popularidad del Profe Chinchilla había sido ganada tras varios años de construir una forma de conectar y escuchar a miles de estudiantes olvidados por el Estado y sumergidos en la inercia de las no posibilidades. Pero mi tío nunca tuvo miedo de ir en contra de esto; para él, *“Un estudiante que pierde un año, es un estudiante que nosotros perdemos y que gana la calle”*. Era una verdad que repetía todo el tiempo. Y con esta verdad, les enseñó, a través de la Educación Física, el cuidado sobre sí mismos, a ser valientes de corazón para cuidar al otro, y a sembrar árboles, porque siempre se podía tener una vida mejor.

Siempre desde el movimiento y queriendo ir más allá. Cuando éramos chicos, nos llevó por las montañas y cerros de Cundinamarca. Éramos una pandilla de niños y adolescentes y esos paseos fueron nuestros primeros encuentros con el amor ¡y con el miedo puro!: alguna vez nos perdimos en un cerro entrada la noche, y por muchas horas angustiantes solo escuchamos el chillido de las faras y el canto fúnebre de los búhos, mientras nos arrastrábamos a tientas por los barrancos de una montaña que daba al precipicio. Pero, como era usual con mi tío y sus pies de Tarahumara, logramos encontrar el camino de regreso, y no precisamente a casa. Nos esperaban otras ocho horas de sendero *a pata*, a doce adolescentes ingenuos que no sabían que estaban guardando en sus pies la memoria neuronal para las luchas posteriores que tendrían.

Carismático y encantador desde *chiquito*

Mi padre recuerda las vacaciones del 69, en las que su tío Alberto se lo llevó a trabajar en una tienda de abarrotes:

... que vendía arroz, chocolate y cerveza, y las niñas del barrio se entusiasmaron con el cachaco, y la vaina, y hacían aglomeración en el mostrador.

Todo un *semental San Jorgeño*, es decir, hecho en Cundinamarca, a punto de eso que llaman *arepa*, *mazamorra* y *rebanca*, como lo canta Velosa, en su *carranga*.

Le alcanzó la vida para ser padre de seis hijos, tío y abuelo, y quedar en la memoria de todos quienes fuimos cruzados a su paso, como lo recuerda Manuel, su nieto:

El abuelo era muy importante porque trabajaba en lo que le gustaba. Porque cuando las cosas no salían, él seguía.

Al escuchar las palabras tan convencidas de un niño de seis años, pienso que la historia de la vida de mi tío seguirá viva mientras tengamos memoria y haya gente que quiera seguir caminando su legado. Porque como lo dijo él mismo en una de sus ponencias más recordadas:

La historia es un diálogo con los muertos, y en ese diálogo todo es vida.



